

CAPITULO III.

Como Don Alfonso se halla en el colmo de sus dichas; y la aventura por la qual se vé Gil Blas de repente en feliz situacion.

Caminamos felizmente hasta Buñol, donde por una desgracia fue preciso detenernos. Sintióse malo Don Alfonso. Asaltóle una ardiente calentura con crecimientos, que me hizo temer por su vida. Por gran fortuna no había Médico en el lugar, y salimos á buen precio de aquel susto, pues solo nos costó el miedo. Al tercer dia se halló el enfermo enteramente limpio, á lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse muy agradecido á lo que había hecho por él, y como era recíproca la inclinacion del uno por el otro, nos juramos una eterna amistad.

Proseguimos nuestro viage firmes siempre en la resolucion de embarcarnos para Italia á la primera ocasion que se ofreciera así que llegásemos á Valencia. Pero el Cielo dispuso las cosas de otro modo. Vimos á la puerta de una hermosa casa de campo que estaba en el camino una multitud de gente que formaba un gran corro, y baylaban dentro de ella divirtiéndose alegre-

men-

mente. Acercámonos á ver la fiesta, y Don Alfonso, que estaba muy ageno de hallar el objeto que se le presentó, se sorprendió extrañamente al descubrir entre los concurrentes al Barón de Steinbach. Este, que tambien reconoció por su parte á Don Alfonso, corrió luego hácia él con los brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo exclamó: ¡Ah, querido Don Alfonso! ¡Vos aquí! ¿Es posible que lo crea? ¡Por toda España se os andaba buscando, y ahora una feliz casualidad os ha puesto delante de mis ojos!

Apeóse prontamente del caballo mi compañero, y partió precipitado á dar mil abrazos al Barón, cuya alegría me pareció excesiva. Ven, hijo mio, le dixo el buen viejo: presto sabrás quién eres, y mejorarás mucho de fortuna. Diciendo esto le introduxo en la sala, donde yo tambien entré con ellos, porque me había apeado, y até á un árbol los caballos mientras ellos se abrazaban. El primero que encontramos fue el dueño de la misma quinta. Era un hombre como de cinquenta años, y de bellísima traza: señor, le dixo el Barón de Steinbach, aquí teneis á vuestro hijo. A estas palabras, Don Cesar de Leiva, que así se llamaba aquel señor, echó los brazos al cuello de Don Alfonso, y le dixo llorando de gozo: reconoce, hijo mio, al padre que te dió el sér. Si te he dexado ignorar por tan largo tiempo tu verdadero estado cree que ha sido á costa de una cruel violencia. Mil veces he suspirado de do-

TOMO II.

NN

lor,

lor, mas no podia hacer otra cosa. Caséme con tu madre solo por amor, era de nacimiento muy inferior al mio: vivia yo baxo la autoridad de un padre duro é impetuoso, fueme preciso tener secreto un matrimonio contrahido sin su consentimiento. Valíme de mi amigo el Baron de Steinbach, único dueño de mi confianza, quien de acuerdo conmigo te crió. En fin, ya no vive mi padre, y puedo declarar al mundo que tú eres mi único heredero. Aun no lo he dicho todo: pienso casarte con una dama, cuya nobleza es igual á la mia. Señor, le interrumpió Don Alfonso, suplicoos que no me hagáis pagar tan cara la dicha que me acabais de anunciar. ¿Será posible que la primera noticia del honor que tengo de ser hijo vuestro, ha de venir acompañada con otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado? ¡Ah, señor! No queráis vos ser mas cruel conmigo que lo fue vuestro padre con vos. Si éste no aprobó vuestros amores, á lo menos tampoco os obligó á tomar muger. Hijo mio, respondió Don Cesar, ni yo pretendo tampoco tiranizar tu inclinacion ni tus deseos. Solo quiero tengas la complacencia de ver á la esposa que te tenia destinada antes de resolverte á tomar otro partido. Es hermosa; pero no por eso te haré violencia. No está lejos, hállase actualmente en esta misma casa. Sígueme, y si no te agradáre, te doy palabra de no obligarte á que te cases con ella. Diciendo esto tomó de la mano á Don Alfonso, y le conduxo á un magnífico quarto, permitiéndonos

tiéndonos al Baron de Steinbach, y á mí que los fuésemos siguiendo.

Estaban en él el Conde de Polan con sus dos hijas Serafina, Julia, y Don Fernando de Leiva su yerno, el qual era sobrino de Don Cesar. Acompañábanlos otras muchas damas y caballeros. Don Fernando (como ya se ha dicho) habia sacado á Julia de su casa, habianse casado, y con motivo de esta boda habian concurrido á festejarla los aldeanos de los contornos. Luego que se dexó ver Don Alfonso, y que su padre le presentó á toda la compañía, se levantó el Conde de Polan, y corrió exhá-lado á abrazarle, diciendo á gritos: sea bien venido mi libertador. Don Alfonso (prosiguió el Conde) reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvaste la del padre. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina, cuyo honor salvaste tambien. Este es el desempeño de la obligacion en que me constituyó tu valor, y tu generosidad. El hijo de Don Cesar correspondió con las mas vivas expresiones de reconocimiento al cumplido que le hacia el Conde de Polan, no siendo fácil discernir qual de los dos afectos competian la preferencia en su agitado corazon, ó el gozo de haber descubierto su distinguido nacimiento, ó la dicha tan cercana de lograr por esposa á su idolatrada Serafina. Con efecto, pocos dias despues se celebró este matrimonio con el mayor gusto y aplauso

de los contrayentes , y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que concurrieron á libertar al Conde de Polan , éste me conoció , y me dixo que corria de su cuenta mi fortuna. Yo le dí muchas gracias por su generosidad , pero le respondí que no aspiraba á otra que á la de servir á Don Alfonso , el qual me declaró mayordomo de su casa , honrándome despues con toda su confianza. Luego que se casó , no pudiendo olvidar el daño que se habia hecho al pobre Samuel Simon , me despachó á restituírle todo el dinero que le habíamos robado ; esto es , á hacer una restitucion, lo qual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia acabar.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

IN-

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS

EN ESTE SEGUNDO TOMO.

LIBRO CUARTO.

- Cap. I. No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes, sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia. pag. 1.
- Cap. II. Como recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que tuvo con él. 9.
- Cap. III. De la gran novedad que sucedió en casa de Don Vicente, y de la extraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora. 15.
- Cap. IV. El Matrimonio vengado. 23.
- Cap. V. De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman. 65.
- Cap. VI. Artificios de Aurora para hacerse amar de Don Luis Pacheco. 79.
- Cap. VII. Muda de amo Gil Blas, y va á servir á Don Gonzalo Pacheco. 92.
- Cap. VIII. Carácter de la Marquesa de Chaves; y personas que la trataban. 108.
- Cap. IX. Dexa Gil Blas el servicio de la Marquesa de Chaves: motivo que tuvo para hacerlo, y lo demas que se verá. 115.
- Cap. X. Historia de D. Alfonso, y de la be-